

JOTICAS

Aragonesas



No hombre, no.
- Si has llegado
a tiempo

- Dispensa morena mia
el que haya llegado
tarde...
- Dispensa morena mia
el que haya llegado
tarde...





Cosicas baturras

MENTIRAS Y VERDADES

- Pero, rediela, ¿qué ti pasa?
- Amos, que no me salto la masa cefálica del cerebro, porque vendí la pistola el mes pasau.
- ¡Pero, agomita, maño, qué jolín!
- Pus afégurate que he venido a saber que mi mujer me ha engañau.
- ¡Otra! Como que me lo ha confesau ella misma.
- ¡Misté la cochambrosa!
- Y yo sé que ella no me engaña.
- ¡Remoño! ¿En qué queamos? Amos, pa mí que tú has bebío. Pus si te ha dicho la verdad, ¿cómo ices que te engaña, recontrajolín?

¡VUELVE POR OTRA!

El inspector de primera enseñanza explica a los alumnos lo que se entiende por prodigio, cosa que no entiende ninguno, aunque la especificación no pueda ser más clara.

—Su pongamos—les dice,—para hacerles más práctico el ejemplo—que por la noche se ve una claridad

extraordinaria, como si fuese de día. ¿La achacaríaís a la luna?

Los chicos asienten.

—Pues ahí tenéis el prodigio: aquella luz no es de la luna.

Admiración general.

—Y si yo os dijera que aquella luz procedía del sol, ¿qué diríaís?

—Pus que estaba usted bebío, señor ispetor—contestó el niño más fresco de la clase.

EL MEJOR PROCEDIMIENTO

Marianico está clavando un cuadro y se arrea un martillazo que le hace ver las estrellas.

—¡Rediez, con los clavicos!—exclama, condolido.

Repite la operación y se suelta otro martillazo.

—Eso ti ocurre—observa el tío Trimoteo, que está presenciando la operación—por apatusco que eres.

—¡Tamién gromica, tío Timoteo!

—¡Otra! ¿Por qué no agarras el martillo con las dos manos?

DISTINGAMOS

Llega un forastero a una posada y queda mal impresionado por el aspecto de la gente de la casa.

—Aquí me van a hacer arrojar la primera papilla que me comí—piensa,—porque la posaera tié cara de ser una cochambrosa, lo mismo que su marío y la criada.

Después de los saludos de rúbrica, pide un vaso de agua, que le sirve el posadero con la mayor diligencia.

—Pero, ¡rediez!—exclama el forastero.—Esta agua no pué beberse.

—¿Por qué?—pregunta el otro, con el mayor asombro.

—¡Otra! Porque está muy sucia.

—Amos, no diga usted eso.

—¿Querrá uste negaló?

—Ya lo creo: el agua es clarísima; lo que está sucio es el vaso.

EL JUEZ DE SU HONRA

Aunque aquello no era muy correcto, es el caso que el tío Marianico se apostó detrás del confesionario para enterarse de lo que su mujer le contase al cura, pues la verdad es que no se fiaba mucho de ella.

Después de enumerar algunas faltas leves, confesó aquélla que había engañado a su marido aprovechando un viaje que hizo a la capital y subyugada por la caída de ojos del tendero de la esquina.

Al oír aquello no pudo contenerse el esposo y asomándose al confesionario, con gran sorpresa de todos exclamó:

—Misté, señor cura, la absolva usted de toas esas menudencias, que de eso del tendero ya me encargaré yo, cuanti llegue a casa.

HAY QUE PONERSE GAFAS

Por un quítame allá esas pajas vinieron a las manos dos baturros, y de tal modo se exacerbó uno de ellos que se lió a palos con su contrincante, con tanto ensa-

ñamiento que le causó varias heridas y erosiones y tuvo que ser conducido a la casa de socorro.

Detenido el agresor, declaró que no se acordaba de nada, porque había abusado del aguardiente y no tenía el juicio muy completo.

Entonces se le condujo a presencia del lesionado, que ya había sido curado de primera intención y tenía vendada la cara.

—¿Conoce usted a este individuo?—le preguntaron.

Después de mirarle un rato, exclamó:

—¡Rediez, así a primera vista no puedo icilo, porque si es quien me feguero, está muy cambiaico!

PARIENTE LEJANO

Como la pobre Dorotea se quedó viuda tan joven, la misma familia la aconsejó que volviera a casarse para evitar murmuraciones y tener además un hombre que cuidara y defendiese sus intereses.

Como el hermano de su difunto esposo le hacía la corte optó por aceptarle por marido ya que le conocía a fondo y no era mala persona.

En la sala figuraba el retrato del marido y al visitar la una amiga que no había visto desde hacía años, como no conociera a aquella persona, le preguntó:

—Oye, mañica, ¿de quién es ese retrato?

La aludida contestó con la mayor ingenuidad:

—Pues... el de mi cuñau.

LA HORRIBLE VENGANZA

La noticia cunde rápidamente y la Pilara se va a vi-

sitar a su amiga Emilia para averiguar detalles de lo ocurrido.

—¿Pero es verdad lo que mi han dicho, mañica? ¿Qué ti has separau de tu marido?

—Afegúrate si me sobran motivos, con la moda que había tomau ahura.

—¿Pús qué hacía?

—Ná, que cada vez que se enteraba que le engañaba con otro le atizaba una paliza a mi madre.

—¡Qué animal!

—¡Y como la probe estaba derrengá, pus lo hi dejau!

—Amos, que me paice bien: tó puede hacerse por una madre.

CUESTION DE GUSTOS

La nueva doncella, o dicho con más propiedad la joven que ha entrado al servicio de la señorita en calidad de doncella, es una moza que ha hecho perder los estribos al señorito, el cual la asedia constantemente.

—Amos, me deje, señorito—le dice ella—y aconténtese con la señorita.

—¡Pero si es que me gustas mucho, rica!

—¡Y vuelta y dale! ¡Cuidiau que tiene usted unos caprichos raros!

—¡Pues no vales tú poco más que la señorita teniendo mejores cosas que ella!

—¡Otra, porque quedrá usted icilo!

—Porque es verdad.

—Pus no dice eso Juan.

—¿Y quién es ese Juan?

—¡Jolín! Pus el cochero.

BUENA AYUDA

Aquel corte de pelo se hace interminable, porque el barbero charla por los codos y se detiene a cada paso, con gran desesperación del parroquiano.

—¿Se ha enterado usted—le dice a éste el oficial—de lo que ocurrió antier ahí en la esquina, donde vive el zapatero? Pus que un padre degolló a su hijo y dimpués de cortale las uñas se comió una mano en adobo.

—¡Qué salvajismo!

—Pus no le digo ná de la broma de esta mañana; misté, a uno le arrearón una puñalá aquí que se le veía el gáznate y a otro le soltaron pa este lao una cortá y aluego un tiro con toa su juerza...

—¡Pero, maestro, está usted contando cosas que le ponen los pelos de punta a cualquiera!

—¡Anda! ¡Pus si lo hago pu eso, pa podelo pelar mejor!

UN BUEN JORNAL

El maestro se dirige a uno de los alumnos y le pregunta:

—Amos a ver, mañico, si sabes decime lo que es salario.

—Calvario quedrá usted icir—observa el niño.

—No, pequeño; salario te digo.

—Pus, misté, que no lo sé.

—Voy a explicártelo mejor. ¿No trabaja tu padre?

—Sí, señor, en la fábrica de alpargatas.

—Muy bien. ¿Y no cobra el jornal cada semana?

—Sí, señor, tós los sábados.

—Pues, bueno, ¿qué es lo que lleva a tu casa cada sábado?

—Pus una borrachera

ANTIGUOS CONOCIDOS

Se trata de un criminal impenitente que, como luego suele decirse, cuando no está preso es porque le andan buscando.

Comparece ante el tribunal y al reconocerle el presidente le dice, en tono de reconvención:

—¿Otra vez por aquí?

—Ya puede usted velo, señor presidente.

—Bien veo que no ha cambiado usted nada—añade aquél.

—Poquica cosa—observa el procesado. — A usted tampoco lo encuentro muy cambiao, señor presidente y eso que tiene a espaldas algunos añicos más.

LA BENEVOLENCIA

El mañico va resultando casi tan bruto como su padre, aunque parezca exageración.

Lo que es en doctrina cristiana está a la altura de una babucha marroquí, según tuvo ocasión de observar el señor cura en las pocas preguntas que le hizo; y tanto se escandalizó el buen hombre que de corridica se fué a ver al padre, para comunicarle sus impresiones.

—Amos—le dijo,—que el pequeño mi ha dejau avergonzau. ¡Misté que preguntale cuántos dioses hay y respondeme que dos, es pa hacele la mosca a cualquiera!

—¡Jolín! seños párroco—repicó el padre.—hay que dispensar una miaja, porque, total, se ha equivocau el crio en uno. Güen recau de veces sabemos tós que son tres.

ORA PRO NOBIS

—¡ Si que está de gromica el mosén! ¿ Pus no se le ha ocurrió que pa casamé he de saber la doctrina, como si uno no tuviá otra cosa que hacer?

—¡ Ya te digo yo!

Y a los pocos días se presentó Marianico al párroco porque el casamiento corría prisa, si querían legalizar la descendencia.

—¿ Estás bien preparado?—le preguntó el sacerdote.

—Ya pué usted tirar por aonde quiera que respuesta tendrá a lo que pregunte—respondió con aire de suficiencia.

—Pues, ea, hijo mío, dime cuantos son los artículos de la fe.

—¿ Los artículos?—exclamó Marianico, rascándose la cabeza.—¿ Y han de ser de la fe precisamente?

—Claro; los artículos de la fe.

—Pus, misté, señor cura, lo único que no hi aprendió; pero de ahí pa arriba no se apure.

—Veamos los mandamientos.

Amos, que paice broma; de tan sabíos como los tengo no mi acuerdo ahura mesmo.

—Todo sea pa Dios!—exclamó pacientemente el sacerdote.—Dime, entonces, las obras de misericordia.

—¡ Por vida de Dios!

—¡ No blasfemes, pecador!

—¡ Pero si es que paice cosa de diablos embrujaos! Misté que me sabía de carrerilla esas obras.

El cura acabó por decirle:

—Mira, para no perder el tiempo, hazme el favor de decirme claramente lo que sabes y sobre eso te preguntaré.

—Amos, eso es tirar a arreglarse, señor cura—objetó Marianico—y ha de saber usted que mi juerte está en la lestanía.

Admiróse el confesor de que hubiera aprendio lo más difícil, y le dijo con curiosidad.

—¡ Pues venga de ahí, hombre!

—No; tiene usted qué empezar.

—¿ Cómo empezar?

—Claro; usted empiece que yo iré diciendo: *ora pol nobis, ora pol nobis...*

UN PUNTO DE SALVACION

De pronto se pone a pique de morir el tío Desiderio, y como da unos berridos que parte los corazones y despierta a los vecinos, sale la mujer en busca del médico y no hallándole en casa se lleva al veterinario, que para el caso es igual.

El médico de caballerías reconoce como Dios le da a entender al tío Desiderio, que sólo tiene un cólico pasajero y manda lo que se le antoja que puede ser bueno para calmarle los dolores.

Al despedirse le sale al encuentro todo compungida la mujer y le pregunta:

—¿ Qué tal le ha paicío?

—Misté, la verdad; yo creo que este hombre está pa entregala.

—¡ Madre mía del Pilar! ¿ Pero tan mal le alcuentra usted?

—Figúrese. ¿No ve que ya tiene morás las manos?
—¡Otra! Porque es tinturero y ha trebajao hoy mismo.
—¿Conque es tintorero? Pus, misté, eso li ha salvau.

EL SANSON DE MUEL

Llegan a Zaragoza dos matracos de Muel y contemplan admirados todo lo que ven a su paso.

Al mismo tiempo visitan taberna tras taberna y concluyen por agarrar una borrachera de marca mayor.

—Rediez!—exclama uno de ellos, lanzando un juramento de los que tiran de espaldas.

—¿Qué ti ocurre, mañico?

—Fegúrate que nos himos olvidau de lo prencipal.

—¿Cuálo?

—Otra! Ir a vesitar el Pilar!

—Hala pues!

Y los dos amigos, cruzando de acera en acera por la calle de Alfonso I, consiguen dar con sus cuerpos en la plaza que lleva el nombre del famoso templo.

—¡Miálo qué bonico! ¡Es más grande que nuestra ilesia!

—¡Anda tú también, qué cosicas te se ocurren!

—Vamos pa drentro.

Pero al llegar a la puerta, uno de los guardianes advirtió el deplorable estado en que se hallaban y les impidió la entrada, para evitar que diesen un lamentable espectáculo en tan sagrado lugar.

—Mañicos—les dijo con buenas formas,—no podís entrar ahura porque vamos a cerrar: venisus mañana bien trempanico y verís la misa de infantes, que es cosa bonica.

Los baturros comprendieron la indirecta y se indignaron.

—¿Sabes lo que ti digo, maño? Que debíamos hacer una que fuá soná.

—¿Una vigüela?

—No, moño; una cosa que cuando la supiesen en Muel nos pondrían una estauta en la plaza.

—Pus esembucha, que a burro no hay quien me gane.

—Vamos a dele dos o tres empentones al Pilar y acercalo un poquico más al río.

—Manos a la obra.

Se quitaron las chaquetas, que llevaban colgadas al hombro, las dejaron en el suelo y empezaron a empujar el templo monumental.

Mientras tanto, un individuo que había escuchado la original conversación coge disimuladamente las chaquetas y se las lleva.

Al cabo de un instante dice uno de los baturros a su compañero:

—Pero, oye mañico, ¿esto anda u no anda?

El otro, después de dirigir una mirada alrededor, exclama:

—¡Otra! ¡Pus ya lo creo! Y debemos estar lejos, porque ya no se ven las chaquetas.

NO CONFUNDIR LA BEBIDA

—¡Amos, hombre güeno, me dé usté una limosnica!

El mendigo no tiene cara de estar muy en su juicio: además es harto conocido por su desmedida afición al mosto, así es que muchos se resisten a socorrerle.

—¡Una limosnica!—insiste.

—Sin duda la quedará usted—le dice el transeunte—pa echársela de aguardiente.

—¡ Si no lo cato!

—Pus ¿ cómo ice el tabernero que tó lo que recoge usted lo emplea en emborracharse?

—Pero nunca con aguardiente, porque me marea masiau: me emborracho siempre con vino.

EN EL TOMAR NO HAY ENGAÑO

Llega un baturro a Barcelona y se mete en uno de los muchos cafés servidos por camareras que hay en la ciudad condal.

Su sorpresa es grande cuando le sirven el café.

—Repacho! ¿ Eres tú?—exclama, dirigiéndose a la camarera.

—La mismica, maño.

—Amos, que paice esto cosa de brujería. ¡ Quién había de icímelo! ¡ Tanto como has valío en el pueblo y metete ahura en estos cacharros!

—Paciencia mañico.

—¿ Pero teniendo tó el aquel que tú tienes, por qué no has tomau por otro camino?

—¡ Jolín! He tomau por tantos, que, amos no sé ya por dónde tomar.

EL MEJOR PARTIDO

Al tío Bastián lo tenían en el pueblo como persona de cuidado y eso que no se sabía de él al detalle su vida y

milagros, aunque de éstos parece que había hecho muy pocos.

El que se enteró de todo al dedillo fué el cura que lo confesó. Y tan horrorizado quedó, que antes de darle la absolución le preguntó compasivamente:

—Pero pecador terrible, ¿ qué harías si el Señor te llamara ahora mismo a juicio?

—¡ Otra!—respondió el tío Bastián.—Lo que usted haría en mi lugar, señor cura. ¡ Pus no iría!

EL QUE PAGA

Cinco baturros, bastante escasos de dinero, tienen un hambre devoradora y cavilan el modo de poder comer sin que les cueste un céntimo.

El más avisado descubre un medio, que propone a sus compañeros y éstos aceptan riendo a carcajadas.

Y resuelto el problema se dirigen a una fonda, dispuestos a saciar su apetito.

Pasan a un comedor particular y empiezan a pedir platos y más platos, hasta que llega la hora de pagar.

—¡ La cuenta!—dice uno, autoritariamente, al camarero.

—Eso no—exclama otro, arrebatando la factura—. Dejadme pagar a mí.

—¡ Pus no faltaba más!—grita el tercero, haciendo la misma operación.

—¡ Otra! ¡ El que paga soy yo! — observa igualmente el cuarto.

Todos quieren pagar y el mozo no sabe a quien dar la preferencia.

—Propongo una solución—dice el primero—. Para

que no haya disgustos vamos a vendarle los ojos al camarero, y al primero que coja, ese pagará.

—Aceptado—gritan todos.

El mozo, complaciente, se presta al juego, para que no se disgusten los amigos. Se le vendan los ojos, y los comensales aprovechan la ocasión para escaparse sigilosamente sin pagar.

El dueño, que los ve salir sin que los acompañe el camarero, sospecha algo y se dirige rápidamente a la habitación donde habían comido.

Al ver al camarero con los ojos vendados lo comprende todo y se dirige furioso a él.

—¡Usted paga!—dice el mozo, echándole mano y creyendo que es uno de los comensales.

—¡Ya lo creo que pago yo, animal!—exclama el dueño—. Ahora toma la propina.

Y lo despidió a puntapiés de la casa.

ROSA DE PRIMAVERA

Un baturro se detiene delante de una muchacha fea y le pregunta:

—Oye, mañica; ¿cómo te llamas?

—¿Y tú que te importa, morros de azaitera?

—Chiquia, es una curiosidá.

—Pus me llamo Rosa.

—¡Rediez!—exclama el matraco—. ¿Rosa? ¡Pus malditasia la primavera!

LO PRIMERO Y PRINCIPAL

Entre gente de pocos recursos se habla del empleo

que darían al dinero, si por una casualidad llegasen a disponer de algún capital el día menos pensado.

—¿A que no sabís—dice uno—lo primerico que haría si me daran diez duros?

—¿Comete medio carnero?

—¡Quá!

—¿Mercate un traje de pijaico pa paseate po el Coso y date tono?

—¡Quiá!

—¿Poner una cabornería?

—Ná de eso; lo primero que haría yo si me daran diez duros, sería tomalos.

COMO EN EL PUEBLO

—¿Cuántos dioses hay?—le preguntaba el sacerdote a un baturro de Villanueva.

—Tres—respondió sin vacilar—. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—Tres personas distintas—le observó el cura—y sin embargo, un solo Dios verdadero.

—Así me lo maliciaba yo—responde el matraco—. Lo mismo que en el pueblo.

—No te entiendo.

—Pus, misté; el médico, el boticario y el foserero, son tres y tos van a una; a quitate de enmedio así que te descuidas una miaja.

JUSTA VENGANZA

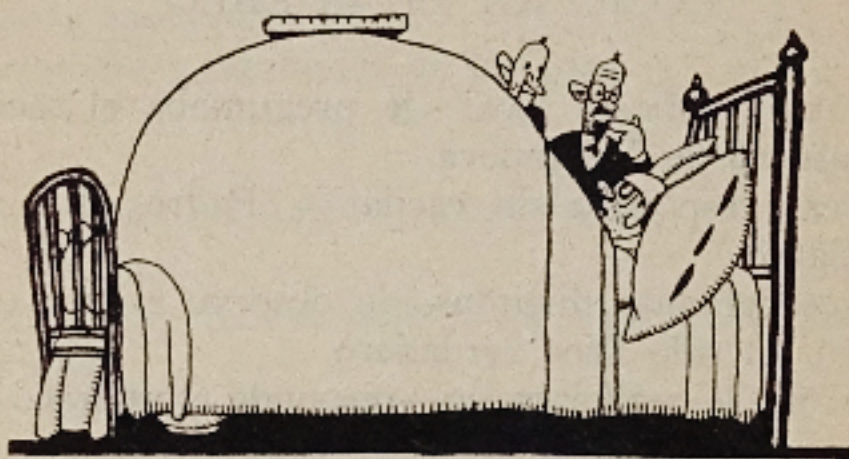
Un baturro sorprende a su esposa en íntimo coloquio

con otro individuo y se indigna, como cualquiera se indignaría en su lugar.

Cmo es un hombre muy vengativo, se dirige al seductor, que ha empezado a encomendarse a todos los santos, y lo coge por un brazo.

—Mañico—dice el amante—, mira que tó ha sío una groma.

—Pues no te escapas—exclama el ofendido esposo—. Ahura mismo voy a contárselo a tu mujer.



Sol-a

200/

To 828561

FJOIA.F-188

R. 139467

CB. 3620580

ADMINISTRACIÓN:
BARBARA, 9
BARCELONA
